—¿Pues no me dijo usted que estaba en casa cuando yo vine?—exclamó el Conde.

—Estaba entonces, señor; pero ha salido después.

—¿A qué hora?

—A las diez en punto.

—¿Ha venido alguna amiga á buscarla?

—No, señor.

—¿Ha salido sola?

—Sí, señor.

—Avíseme usted así que venga,—dijo el Conde, aparentando que se ponía á leer tranquilamente.

Pero en cuanto salió el criado, se puso á medir el aposento con pasos desiguales.

¡Engañado! ¡burlado! Estas palabras resonaban en sus oídos como el toque de una campana de agonía; las once y las doce dieron sin que la Condesa volviera; cerca de la una, llamó discretamente á la puerta su ayuda de cámara.

—¡Adelante!—dijo el Conde.

—La señora ha llegado,—advirtió el criado, retirándose en seguida.

## VII

El Conde, que después de algunos paseos por su habitación, había acabado por dejarse caer en un asiento, desalentado y triste, se levantó al oir



la noticia que le daba su criado, semejante á un hombre que está ebrio.

Sus sienes zumbaban; una angustia cruel le desgarraba el corazón.

¿Qué castigo iba á dar á la culpable? ¿Qué le preguntaría, ni de qué modo obtener la seguridad de su maldad? ¿Cómo hallar las pruebas? ¿Registraría su habitación? ¿Era esto digno de él, ya que no fuese indigno de ella?

Las tempestades del alma en la edad madura tienen terrible intensidad; en la primavera de la vida son como nubes de verano.

El pensamiento es avecilla alegre que va saltando de rama en rama, y que cruza de una seca á otra florida, sin ningún esfuerzo y con muy poco dolor.

Pero cuando ya las ilusiones han huído; cuando ya el sol de la juventud se oculta detrás de las altas montañas del desengaño; cuando se va á perder la última, la sola probabilidad de ventura, entonces la voluntad es débil, y el corazón egoísta quiere asirse á las ilusiones, para no ver la triste, la descarnada realidad.

Llevando un dolor mortal en el alma, el Conde estaba ya dispuesto á perdonar, más que por Leocadia, por sí mismo.

Salió de su habitación y se dirigió á la de la Condesa; pero vió luz en el salón y se detuvo.

La Condesa debía estar allí en vez de estar en su cuarto, y allí se dirigió Marcelo.

Mas al acercarse á la puerta entreabierta, oyó dos voces que reconoció fácilmente: la una era la de su mujer; la otra, la de la Condesa viuda.

A través de la cortina miró un instante y se cercioró de la verdad.

Temeroso de que lo vieran los criados en aquel observatorio, dió la vuelta á una dilatada galería de pinturas que comunicaba por el lado opuesto con el salón, y se colocó cerca de la puerta para oir la conversación, y saber, si era posible, el motivo que llevaba allí á aquellas horas á la viuda de su padre.

Las dos Condesas formaban el más perfecto contraste: la viuda vestía con sencillez y casi con pobreza; con los cabellos recogidos y el semblante fatigado por penas profundas, tenía, sin embargo, en toda su figura impresa una dignidad que ordenaba el respeto y atraía el cariño; la nobleza, la limpidez de una vida sin mancha, se veían impresas en su frente con imborrables caracteres; hay en la mujer honrada y púdica un sello que no se borra jamás, y que Dios ha puesto en ella para distinguirla de las que no se le asemejan.

La perversión de Leocadia era puramente moral: su vida, aunque accidentada y borrascosa, se había encerrado casi siempre en los límites del egoísmo, que no permiten traspasar ciertas barreras; y, sin embargo, su existencia de luchas y de dolores, de ambiciones y desengaños, había empañado el brillo de sus ojos y había dado á su fisonomía contracciones repentinas, gestos de despecho ó de gozo convulsivo que eran dolorosos de ver.



La viuda se había puesto de pie al verla entrar: largo rato hacía que la esperaba, silenciosa y triste. Leocadia traía puesto un largo traje color castaña, de una deliciosa combinación de faya y cachemira, cuello y puños de olán liso, y unos pendientes de oro sencillos. Sus cabellos caían destrenzados ó en rizos por su espalda y hombros; un cansancio visible tenía alterado el armonioso juego de su fisonomía: estaba pálida y ojerosa; de toda su persona, de sus vestidos, de sus cabellos, se exhalaba un fuerte perfume de heno inglés, el más suave, al parecer, pero en realidad el más penetrante de todos los aromas, y el más pérfido también.

—¡Cómo!—exclamó asustada al ver á la Condesa.—¡Usted aquí, señora, á estas horas!

—Mi querida Leocadia—dijo la Condesa viuda,—no se asuste usted. Mande acostar á sus criados, y quedemos tranquilas: pasaré la noche aquí.

—¡Aquí!

—Sí, con usted: tengo que hablarla largamente, y es tarde para que vuelva á mi casa.

—Sea como usted quiera, mi querida amiga —repuso Leocadia con acento afectuoso y tranquilo:—hablaremos tan largamente como usted desee.

Y acercándose á un timbre, llamó.

—Sirva usted el té,—dijo Leocadia al criado.

La Condesa viuda la miró asombrada: parecía que aquella mujer estaba perfectamente tranquila.

El criado entró con una bandeja de plata, en la que se veía un servicio para té, del mismo metal.

—¿Ha venido el señor Conde?—preguntó Leocadia.

—Sí, señora Condesa,—respondió el criado.

—¿Se acostó?

—Pienso que sí: ha preguntado si la señora Condesa había salido, y á qué hora.

—Pueden ustedes acostarse todos—dijo Leocadia, que había palidecido ligeramente:—la señora Condesa pasará el resto de la noche conmigo.

Diciendo esto, se puso á servir el té, mientras el criado se retiraba, cerrando la puerta.

—Ya estamos solas, señora; hablemos tanto como usted quiera—dijo Leocadia, presentando á María una taza de té con aquella consideración y respeto que no podía dejar de sentir hacia la noble dama:—mi marido está acostado, los criados también, y nadie vendrá á interrumpirnos.

La viuda dejó su taza sobre la mesa, sin beber el té; asió con un movimiento, lleno á la vez de afecto y de terror la mano de su compañera, y le dijo á media voz:

—¡Leocadia, está usted sobre un abismo!

La Condesa la miró sorprendida, y por su rostro se extendió una palidez mortal.



—Su marido de usted ha recibido un anónimo.

—¿Cuándo?—preguntó Leocadia débilmente.

—¡Hoy mismo!

—¿Quién me aborrece así?—exclamó Leocadia.

—¡No piense usted en quién la aborrece, sino en quién la compadece y la ama!—dijo la Condesa con voz suplicante.

—¿Y dónde están esos seres?—preguntó Leocadia con melancólico desaliento.

—¿Dónde? ¡Ingrata! Marcelo la ama con pasión; yo la quiero sinceramente y la compadezco.

—¡No, señora, no: usted no me quiere ni me ha querido jamás!—dijo Leocadia.—Le he inspirado siempre, por el contrario, una aversión instintiva; lo sé, lo conozco; ¿con qué objeto ha venido usted, pues, á avisarme de un peligro?

—Con el objeto de salvar á usted de él.

—¿No se alegraría usted de mi perdición?

—¡Yo, yo alegrarme del mal de usted!—exclamó con horror la Condesa.—Pues qué, ¿no soy cristiana?

—Siempre ha alimentado usted por mí una secreta antipatía—observó Leocadia,—y así no comprendo...

—Las simpatías ó antipatías son involuntarias—respondió la Condesa;—pero la piedad, la caridad, son fuentes que tienen su asiento en el corazón, y que no se secan fácilmente: desde que fué usted esposa de Marcelo, mi querida Leocadia; desde que su hija lo fué de mi hijo, todas

mis prevenciones se han desvanecido, se han fundido en el interés que me inspira la paz y el reposo de la familia, y no habrá sacrificio que yo no haga para conservarla.

—¿Usted me considera á mí como de su familia?

—¿Y quién lo duda? ¿No es usted la abuela de los hijos de Daniel y de Adriana, como lo soy yo? ¡Por estos niños, de los que somos dos veces madres; por Daniel, por Adriana, he venido á implorar á usted, Leocadia! El deshonor, la ruina, amenazan á esos jóvenes esposos, nuestros hijos; á esos niños inocentes, nuestros nietos!

—Pero, señora, ¿dónde está el deshonor con que usted sueña?—exclamó airada Leocadia.

—¿Dónde?—repitió la Condesa;—¿dónde, pobre mujer? ¡Pregunte usted á su conciencia! Convengo en que hasta ahora sólo haya ligereza en su conducta, y creo que no existe otra cosa; pero usted no conoce el carácter de Marcelo...

—¡Sí, lo conozco demasiado!—exclamó amargamente Leocadia,—y en ese carácter pudieran tener disculpa, no ligerezas, sino faltas mayores!

—¿Quién ha dicho semejante cosa?—exclamó la madre de Daniel con generosa vehemencia.—¿Quién se atreve á acusar el carácter de Marcelo, que es la nobleza, la generosidad misma?

—¡Yo, señora!

—Si en la vida fuéramos á acusar todo lo que no nos halaga, sería la vida una acusación perpetua—observó la Condesa con una sonrisa llena de



tristeza.—Marcelo es serio, es severo, convengo en ello; pero estas cualidades no perjudican en nada á su nobleza, á la hidalguía de sus sentimientos: ha sido, y estoy segura de que lo es ahora, un esposo incomparable.

—Usted puede estar segura de eso, señora, y yo puedo estar, y lo estoy, muy quejosa de él.

—¡Quejosa, y existe usted aún, después de haber leído él un anónimo en que se la denuncia como traidora á la fe conyugal! ¿No sabe usted que la ama ciegamente?

—Y aunque me amase, ¿sería una razón para que yo no viviese ya?

—La más concluyente: el hombre que adora á una mujer y sabe que ésta le hace traición, mata á la traidora.

—¿Sin juzgarla, sin oirla?

—¡Como usted lo dice!

Un estremecimiento nervioso recorrió todo el cuerpo de Leocadia.

—Y en todas las ligerezas, en todos los devaneos del mundo—continuó la Condesa viuda,—¿hallan alguna compensación las mujeres así amenazadas? ¿Es el mejor de los amantes superior en bondad al más egoísta y prosáico de los maridos? ¿Hallará usted la paz fuera de su casa huyendo los sagrados deberes del hogar? ¡Cuánta dicha arrojada al viento, para recoger una cosecha de dolores! ¿Cree usted, Leocadia, que la lealtad, el honor, la delicadeza de sentimientos, son dones

que abundan en la vida? ¿Cree que en vez de conservar su libertad moral, debe dársela á un hombre que la pagará con la más odiosa tiranía? ¿Qué es el amante, entendamos el galanteador de la mujer casada—añadió la Condesa con la expresión de un santo y delicado pudor,—qué es ese amante que se oculta en la sombra? ¡Peor que el ladrón que sale á los caminos exponiendo su vida por un poco de oro que le hace falta! ¡Es un cobarde que hiere en las tinieblas y sepulta en sangre el honor de una familia! Dios me ha librado siempre de los galanteadores de oficio, y yo me he librado también!

—¡Feliz usted que ha tenido semejante fortaleza!—murmuró Leocadia.

—Y aunque no la hubiera tenido, me la hubiera dado la vista de mi hijo; de mis hijos, porque como á tal considero también á Marcelo. Usted, Leocadia, tiene una hija, y esta hija es madre á su vez; desde el instante en que su hijo nació, no debió ser más que madre; desde el instante en que nacieron sus nietos, no debió ser más que abuela, es decir, dos veces madre.

—¡Título hermoso!—murmuró Leocadia con una amarga sonrisa.

—No hay otro que designe la doble maternidad, y éste, acaso por prosáico y severo, es respetable; sí, Leocadia: evite usted inútiles rebeliones contra la suerte; deje á un lado toda ligereza; su conducta debe ser grave y tierna: la que es abuela ya no



puede ser coqueta, ya no debe amar *con amor* más que á esas criaturas, últimas flores de su ancianidad.

—Yo no soy aún anciana, señora.

—Séalo usted por su voluntad antes de serlo por sus años.

—¿Y si no puedo?

—Es preciso poder: sólo á ese precio obtendrá usted la calma de la conciencia y el reposo de la vida; amiga mía, mi querida Leocadia, es usted la madre de Adriana, la madre de la mujer que mi hijo adora, la abuela de mis nietos, y su dicha me interesa profundamente; escúcheme usted, pues, con atención: no hay desgracia mayor para una mujer que el conservar las pasiones vivas, cuando ya todas las condiciones de su existencia han cambiado con el transcurso de los años; la que es madre, la que tiene ya hijas ó hijos casados, ya no puede amar, sino querer á su familia; la juventud, cuando pasa, es irreemplazable; todos los recursos de la química no volverían á un ramo de flores secas y marchitas su frescura, su colorido y sus perfumes; así sucede con la juventud de la mujer: ningún adorno, ninguna compostura, ninguna pretensión, la harán joven cuando deja de serlo, y se expone á la burla y á las críticas de todos.

—¡Oh, señora! ¡y usted cree que se sale de las condiciones naturales de la vida sin sufrir horriblemente!—exclamó Leocadia.—Usted puede ha-

blar y llevar la frente alta y serena, porque no se ha separado nunca del camino recto y fácil, porque constantemente se ha visto amada y protegida; ¡pero yo! desde que salí del lado de mi buen padre, un soplo destructor é inmundo ha azotado mi vida. Mi marido, sin respetar la inocencia de mi alma, puso ante los ojos de mi razón los más espantosos principios de depravación moral: enseñóme que el oro lo era todo en el mundo, y que la hidalguía, la probidad, la virtud, nada significaban ni valían; enseñóme que el brillar es vivir, y que lo esencial, lo indispensable, es tener dinero, mucho dinero, para imponer la ley á los demás.

Cuando murió aquel hombre terrible, al que la suerte había unido mi destino, me creí sola en el mundo, porque me faltaba el apoyo de sus funestas teorías; pero pronto conocí que me había dejado amaestrada en ellas, y mi corazón se amargó al contacto de aquel cruel positivismo depositado en él, donde sólo quedaba una fibra sensible: la del amor maternal; todo lo que había en mí de tierno, de puro, de elevado, era para mi hija; ésta, que fácilmente se dejaba manejar por mí, no me amaba, sin embargo, y me estimaba aún menos que me amaba... Se casó, y su corazón se separó por completo del mío.

—¿Y qué importa, si Adriana es feliz?

—¡Feliz en la pobreza!

—Más feliz que usted lo ha sido nunca en la opulencia.



—¡Pues bien: vea usted cómo el cielo le ha deparado á usted todas las dichas, á la vez que á mí me las arrebata todas!—exclamó Leocadia con una explosión indecible de amargura.—Amar á Daniel es amarla á usted, y para que usted tenga todas las venturas, ha estado rodeada de amor y de estimación toda su vida, sin haber tenido ni luchas ni penas.

—¿Quién le ha dicho á usted eso?—repuso la viuda tomando la mano de Leocadia.—¿Quién le ha dicho que hay un sér en el mundo nacido exclusivamente para la ventura? ¿Y quién le ha dicho que ese sér sea yo? Escuche usted aún un instante, y saldrá de ese amargo error, porque amargo es siempre para la débil condición humana el pensar en la ajena ventura, á la vez que lamenta la desventura propia.

Me casé casi niña con el Conde del Villar, padre de Marcelo, á quien no amaba, y sólo por complacer á mi padre; tuve que soportar el odio y las amargas persecuciones de Marcelo los dos primeros años de mi enlace; después me amó, y al contacto de aquella pasión, mi corazón, aún no despierto, se agitó en mi pecho con violencia inusitada, y correspondió á aquel afecto.

—Después de lo que la había hecho sufrir, ¿pudo usted querer á Marcelo?

—¡Con el primer amor... con el más fuerte, con el más exclusivo de los amores! ¡Con qué orgullo ví fundirse aquella tosca y casi bravía na-

turaleza al contacto de mi paciencia y de mi abnegación! ¡Cómo agradecía á aquel adolescente su admiración por mí, más fuerte que su odio! ¡Cómo seguí paso á paso la transformación de todo su sér! ¡Y cómo le hubiera yo amado y le hubiera consagrado toda mi vida, á no haberme retenido la voz severa del deber!

—¿Y quién le enseñaba á usted ese deber?—preguntó Leocadia, palpitante é interesada, á su pesar, por el espectáculo sublime de aquella alma superior que se abría ante sus ojos.

—Mi conciencia,—contestó sencilla y dulcemente la madre de Daniel.

## VIII

El eco severo de esta palabra, dicha, sin embargo, con una sublime simplicidad, llenó durante algunos instantes la habitación donde se hallaban las dos mujeres, personificación de la virtud y del desorden, de la verdad moral y del error.

La cortina que ocultaba á Marcelo se agitó; pero ni María ni Leocadia lo advirtieron, y la primera prosiguió así:

—Se lo repito á usted, amiga mía: en la ardua lucha, sólo tuve por guía y apoyo mi conciencia; á nadie podía confiar la batalla de mi corazón: mi padre no hubiera comprendido mis penas; confesárselas á mi marido hubiera sido sumergirle en



la eterna desventura. Sola, pues, luché y vencí...

—¿De qué modo?

—Persuadí á mi marido para que enviase á su hijo á viajar, y quemé sin abrir las cartas que me envió.

Desde entonces mi corazón entero se volvió hacia mi hijo, hacia mi Daniel. Fuí para él la mejor, la más indulgente, la más tierna de las amigas; pero á la vez quise que él fuese bueno para que fuese dichoso, único modo de serlo: le enseñé la probidad, el valor y las armas con que se vencen las pasiones; le enseñé á sufrir, una de las más grandes ciencias de la vida; porque, como ha dicho un gran escritor, «quien no sabe sufrir, ¿qué sabe?» Le enseñé más tarde á no quejarse de la injusticia de su hermano, que, muerto su padre, nos había señalado dos cortas pensiones para vivir con ellas; le hice seguir una carrera, le animé para que la terminase con brillantez, y le aconsejé que trabajase... De este modo, Leocadia, de este modo, apoyada en mi cruz y llevando ante mí la sagrada antorcha del deber, he cruzado el camino de la vida desde los veinte á los cuarenta y cinco años que cuento; y de este modo he podido verter un bálsamo sobre la herida oculta que hasta hace poco aún sangraba en mi alma.

—¿Esa herida provenía de su amor á Marcelo?

—¡Sí, amiga mía! ¡Ese hombre, á quien usted no ama, á quien usted está cerca de ofender, ha

poseído mi primero, mi único, mi último amor! Semejante en esto á aquella desventurada Reina de España, á aquella Isabel de Valois, que, unida á Felipe II con eternos lazos, adoraba al hijo de su esposo, así yo he adorado al hijo de mi marido; y ya alumbraban mi frente cuarenta otoños, cuando aún no había podido ahogar este amor, que ya estaba mezclado á la sangre de mis venas y adherido á todas las fibras de mi corazón.

—¿Y ha podido usted verle casar con otra mujer?

—¡Ya sabe usted que sí!

—¡Inútil sacrificio—murmuró Leocadia:—ni el mundo le ha conocido, ni le ha estimado en nada!

—No hay sacrificio inútil cuando se cumple en las aras del deber, Leocadia; sólo son estériles aquéllos que se hacen al vicio ó á las pasiones culpables; pero los otros, los que se llevan á cabo por el bien de los que tenemos el deber de amar, aunque no los amemos, éstos no son estériles jamás.

—¿Qué recompensa ha hallado usted por haber sacrificado su corazón?

—¡El aplauso de mí misma y el del hombre á quien amaba; la dicha de mi marido y de mi hijo!

—¡Débil compensación!

—¡La más grande, la única para mí! Leocadia, aparte de los juicios del mundo, existe en nosotros un tribunal inapelable, el de la conciencia: esa está satisfecha de mí!



—¿Y Daniel cómo le ha pagado sus desvelos?

—¡Con inmenso amor, con la más tierna sumisión!

—¡Y casándose con mi hija, á pesar de la oposición no pequeña de usted!

—¿Y eso qué importa? Yo amo á Adriana, porque la ama mi hijo, y sin ella sería desgraciado. Me opuse á este enlace, no ciegamente, sino aconsejando, como la más tierna y la más indulgente de las amigas; cuando ví que si no se casaba sería desgraciado Daniel, no me opuse más á su enlace. ¡Hay en mi hijo tanto de mí, que él sabrá cambiar poco á poco á su mujer, sin sacudidas y sin dolor para ninguno de los dos! Así, amiga mía, si quiere usted conservar á Adriana, debe irse acercando á ella, porque ella se halla muy lejos de usted.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que ama á Daniel, y piensa de otro modo: ya sabe que el lujo no es lo primero en el mundo; que en la medianía se halla la dicha; que el trabajo es un buen amigo de la mujer, y que la vida no es valle de rosas, sino de penas, que hay que llevar con paciencia.

—¿Y quién le ha enseñado todo eso?

—Mi hijo y yo. Porque así creemos hacerla dichosa, y de otra suerte hubiera sido siempre infeliz.

—¡Oh, sí; ahora veo en qué consiste el alejamiento de mi hija!—murmuró la desdichada ma-

dre.—¡Una invencible frialdad la separa de mí!

—Acérquese usted á ella, como ya le he dicho.

—¡Imposible!

—Acérquese usted á ella por la virtud, por el deber; acepte usted el destino que usted misma ha elegido; acepte usted á su marido tal como es: nada hay más inútil y más ciego que las rebeliones contra la suerte. La Escritura lo dice: «Dios rompe lo que no se inclina bajo su mano.» Acatemos su voluntad.

—¡Yo me casé sin amor para ser opulenta!—murmuró sordamente la Condesa.

—Dios ha hecho que esa ansiada riqueza sea un sueño, y que Marcelo se la rehuse.

—Me casé para sostener el fausto y el lujo de Adriana.

—Adriana rehusa ya el fausto, y comprende que no hace falta alguna para la dicha.

—¿De modo que todos mis cálculos han salido fallidos? ¿Todas mis esperanzas están destruídas? ¿Soy infeliz para siempre?

—Aún lo es usted más de lo que cree. Ya se lo he dicho. Marcelo ha recibido un anónimo esta mañana.

—¡Y qué me importa! ¡Máteme, y me hará el solo favor que está en su mano!

El último acento de esta frase quedó ahogado al salir de los labios de la Condesa: una mano ruda la asió por los hombros y la hizo caer de rodillas; pálida como la muerte, se volvió para mirar al



autor de aquella violencia, y se halló cara á cara con su marido, que sombrío y silencioso la miraba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡La muerte es pequeño castigo para delincuentes como tú!—dijo el Conde.—¡Debes vivir para la expiación! ¡Quítate de mi vista! ¡Desde hoy somos ambos viudos! ¡Todo lazo queda roto entre nosotros hasta que la ley nos separe!

—¡Perdón!—murmuró Leocadia, aterrada ante el espantoso porvenir que se ofrecía á sus ojos.

—¡Retírate de aquí!—repitió el Conde.

Leocadia se puso en pie, y la Condesa viuda la sostuvo con esa caridad inefable que sólo reside en las almas puras: la hizo apoyar en su brazo, y la condujo á su aposento.

—¡Ah, estoy perdida!—murmuró Leocadia.

—No hay tal cosa—repuso la madre de Daniel. —Marcelo es bueno, lo conozco, y la defensa de lo que ahora parece crueldad, está en mi propio corazón. Yo le hablaré, y será clemente; no lo dude usted.

—¿Y para qué necesito ya su clemencia?—exclamó amargamente la Condesa.—¿Para qué quiero la vida? Mi único amor en el mundo era Adriana, y estoy separada de ella para siempre; mi única ambición era una posición sólida y brillante, y voy á perderla también; sólo deseo la muerte.

La madre de Daniel comprendió que aquel dolor, que aunque no era noble, era grande, pues

era de amargas decepciones, necesitaba exhalarse á solas, y dejó á la Condesa, volviendo al salón.

## IX

La desdichada Leocadia veía huir ante sus ojos, como humo ligero, todo aquello en que había fundado sus esperanzas de dicha.

Había elegido una base de movediza arena, y el viento debía arrebatarle para siempre cuanto le era caro y agradable.

No había amado á su hija con el amor noble y serio de la buena madre; no la había educado para soportar las penas de la vida, y Adriana, al primer choque del dolor, había buscado otro apoyo más fuerte que aquella madre frívola y mimosa, á la que consideró como un amparo insuficiente para ella.

Se había casado por ambición y vanidad, y la desgracia y la vergüenza la envolvían en sus densas sombras.

Había querido distraer su eterno fastidio, su sed de oro, con devaneos culpables, y el hombre á quien había elegido debía abandonarla sin defensa á la justicia y á la cólera de su marido.

La Condesa viuda, al separarse de ella la noche fatal de que hemos hablado en el capítulo anterior, volvió al salón, donde halló á Marcelo sentado en



un sillón y con la cabeza entre las manos, como abrumado por un profundo abatimiento.

La Condesa se acercó á él, le puso la mano sobre el hombro, y le preguntó dulcemente:

—¿Y Cristina?

—El cielo me castiga por mi abandono, por mi olvido de mi hija,—murmuró el Conde, alzando su pálido y severo semblante.

—Tu sitio está ocupado en su corazón, porque te ama.

—¡Oh, mi pobre hija! ¡Qué dulce compañera de mi vida hubieras sido si yo no te hubiera olvidado!

—Lo será, porque ya te he dicho que ella te ama... En tanto que viva Cristina, no desesperes de la felicidad.

Amanecía ya cuando aún la Condesa vertía el bálsamo de sus consuelos en el ulcerado corazón de Marcelo; cuando ya fué clara la luz del día, la Condesa apagó las bujías y volvió á su casa.

Marcelo volvió á su aposento, se paseó por él agitadamente durante un rato, y después, sentándose ante su magnífica mesa de escritorio, trazó con mano insegura el siguiente billete:

«Señora: Desde hoy quedan rotos entre nosotros todos los lazos que nos han unido.

»Sólo queda el nudo de la ley, que el temor del escándalo me impide desatar. Sin embargo, si usted quiere quedar libre, no retrocederé ante él, pues debo pagar la culpa de mi ligereza al unirla á mi destino.